

## DOS PALABRAS FINALES

### (A modo de autocrítica)

No creo que deba comenzar estas líneas exponiendo las poderosísimas razones que justifiquen el atrevimiento (¿por qué atrevimiento?) de decir lo que a mí me parece de mi obra. ¿Quién con más derecho que yo a hablar de ella? Nadie, sin duda.

Y, al pensar así, creo ya demostrar de una manera fehaciente que no concedo valor alguno al significado equívoco de una palabra más equívoca aún: *modestia*.

No quieren decir estas últimas frases que yo vaya a hacer aquí un pomposo panegírico de mi obra. Líbreme el intelecto de hacerlo, porque sería engendrar la *grotesca* antítesis de la *ridícula* modestia, esto es, el polo opuesto del mal proceder, que, en este como en la generalidad de los casos, sirve para mayores aberraciones equivocadas...

Una autocrítica debe, por lo tanto, consistir en una especie de ampliación, mejor dicho, aclaración de conceptos íntimos, o más claro aún, mostranza del órgano genésico en paralelaje con la obra creada. Servirá para que algunos extremos profundos o algunas declaraciones confusas lleguen al lector ayudadas por la claridad que emana de la comprensión, por la luz que irradie de los potentísimos focos racionales. De aquí, pueden obtenerse dos consecuencias: PRIMERA, lo anacrónico que resulta el que se dé a conocer al lector la autocrítica de una obra que éste no conoce aún; por eso, yo la coloco a continuación de ella, inmediatamente después; es esto lógico, pues en otro caso constituiría un prejuicio, quizá favorable al escritor, pero que es necesario evitar en aras de la buena ética y del vigor espiritual. SEGUNDA, que la autocrítica no es asequible a todas las obras; quedan descartadas las producciones *límpidas* (esto es, hueras) o transparentes de ideas...

Y sostengo que una autocrítica no debe ser panegírico, porque, aunque se tenga conciencia de cierta superioridad, resulta algo pedantesco, mejor, algo superfluo, cosa innecesaria y anodina. Pero sostengo que tampoco debe consistir en la negación absoluta de los valores propios, aunque se tenga también conciencia de cierta inferioridad; con relación a ésto hago mía la certera frase de Oscar Wilde, por la que la única disculpa que tiene un mal artista al producir una mala obra es que él la admire, la aprecie, la ame.

\* \* \*

En la última obra del crítico Salvador de Madariaga veo un parrafito que quiero copiar, dice así: «La atmósfera literaria —la española— es, pues, poco densa, y la tendencia individualista halla libre expansión por faltarle el freno de los modos sociales de pensar.» Yo no puedo estar conforme con esta frase; mejor dicho, con la frase sí estoy conforme, reconozco que es certera, que es una visión clara de lo que, en efecto, es hoy la atmósfera literaria. Con lo que no estoy conforme es con el gesto del crítico, que la escribe en tono de reproche, como deplorándolo...

¡Ah, si la atmósfera literaria fuese todavía más individualista, más dispersa, más distanciados cada uno de sus valores!

No parezca esto una digresión a mi propósito; tiene con él relaciones, grandes relaciones...

\* \* \*

Yo presento en esta obra —diríase que con ingenua sinceridad— la lucha de un espíritu florido con las ineludibles crudezas de la vida. La he escrito siempre con las ansias de mostrar esa lucha, de poner de manifiesto lo único que, a mi juicio, puede libertarnos de ciertas presiones. Por otra parte, la luminaria potentísima que sobre mí irradia sus fulgores, empapados en hermosa energía vital, esto es, en significación poderosa de ciertas ansias, ha hecho que sobre ese espíritu ejerza gran influencia Federico Nietzsche. Y voy a sentar ahora una afirmación que el lector, sin duda, ha visto clara y nítida al terminar la obra: Si sobre Antonio de Castro no hubiera descendido esa influencia nietzscheana de la energía, se habría suicidado en el momento en que una de sus primeras desgracias o errores proyectaron sobre él las sombras del desconcierto. ¿Cuándo murió su padre? Quizá. ¿A continuación de tropezar con un falso amor? Quizá. ¿Mientras sus actividades estuvieron constreñidas y presas en las redes del infecto don Miguel Velasco? Quizá, y etc., etc.

Yo, para desarrollar todos los encuentros, he tenido que exprimir, con peligrosa inquietud, muchas y muy queridas apreciaciones de mi alma, que las he lanzado en el libro, sacrificando mi deseo de tenerlas unidas a mí, como algo tan mío que no pudiera separarse... sin un gran motivo, y... no he vacilado.

He de decir también, y no precisamente en tono de reproche, que en ella abundarán, quizá, atropellos a la buena forma del estilo, a normas gramaticales al uso...; pero..., sin que este *pero* signifique, ni mucho menos, desdén a esas cualidades, he de declarar que no me preocupan lo bastante para dedicarles tiempo alguno...

LEDESMA RAMOS

Madrid, X-IV-MCMXXIV.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Sello\_022